
la estela de weber. algunas consideraciones sobre la impronta weberiana en la historia del pensamiento sociológico

tirso molinari

La historia del pensamiento sociológico se ha caracterizado por su no autocomplacencia.¹ Ella es una necesidad y una virtud; pues, siendo hija de la modernidad, con todas sus contradicciones, desgarramientos y ambigüedades, la sociología siempre compulsó aquella inseguridad vitalista que caracteriza en sí a la modernidad. De no hacerlo, se hubiese diluido entre dogmatismos e inútiles seguridades, incompatibles con la propia complejidad de lo social y con la permanente necesidad de la duda y de la crítica que alimentan el propio y resbaladizo devenir del pensamiento moderno, el cual se nutre constantemente, a su vez, de esa doble hermenéutica: sociedad-sociología y sociología-sociedad. De ahí que, para Anthony Giddens, la propia modernidad sea intensamente sociológica² o, en otras palabras, que la construcción de las orientaciones y de las escuelas teóricas se haya ido dando desde la vitalidad y al calor de los debates y las críticas. Esto ha sido muy enriquecedor, pues, de esa manera, han ido surgiendo diversas perspectivas interpretativas ansiosas de mayor rigor, profundidad y multilateralidad. Desde ese panorama, también se ha ido asumiendo lo inevitable de los límites cognitivos y lingüísticos y la necesidad de la prudencia frente a aquello que se ha hecho cada vez más evidente: la enorme complejidad de la vida social.

Así, nos seguimos encontrando con aquellas reiteradas y periódicas crisis de lo que podríamos denominar consensos fáciles y, sobre todo, de fáciles convicciones en la sociología. De allí la importancia de la propuesta de Karl Popper en relación con la necesidad de falsación de la hipótesis y, sobre todo, de la búsqueda de rigor siempre en relación con el autocuestionamiento del propio marco teórico. Es decir, el rigor cognitivo requiere cuestionar nuestras hipótesis e incluso el marco teórico que usamos.³

¹ Cfr. LAMO DE ESPINOZA, Emilio. *La sociedad reflexiva*. Madrid: CIS, 1990.

² Cfr. GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

³ Cfr. POPPER, Karl. *El mito del marco común*. Barcelona: Paidós, 1997.

De esta manera, lejos de suponer una novedosa y fatalista «crisis de paradigmas», en cuyo supuesto derrotero se vislumbraría una suerte de tanático vacío, estas crisis resultan ser expresión de lo que Giddens consideraba, ya en 1979, una crisis de los denominados «consensos ortodoxos» en sociología.⁴ En otras palabras, ya no sería posible aferrarse a tal o cual modelo interpretativo, aparentemente premunido de virtudes excepcionales o cuasimesiánicas, sea este el estructural-funcionalismo o el marxismo. Sin embargo, la crisis de los «consensos ortodoxos» va más allá, pues tampoco es posible aferrarse, de manera excluyente, a cualquier sucedáneo o alternativa teórica ensimismada, sea esta excluyentemente estructural o excluyentemente accionalista.

Es más, aquella crisis de los denominados «consensos ortodoxos», que se hace más evidente en la década de 1980 pero que se inicia en la década de 1960, cuestiona dramáticamente aquel gran y singular esfuerzo analítico de Talcott Parsons por integrar perspectivas tanto estructurales como perspectivas de la acción, aunque lo hiciera desde esa suerte de sistema de relojería holístico-funcionalista. En el caso del marxismo, aquella crisis involucra no solo la versión estructuralista althusseriana, desde la cual se diluyen radicalmente los sujetos, sino también las propias resignificaciones de matriz tanto gramsciana como lukacsiana, encerradas en el laberinto de su propio ensimismamiento, así como al agudo pero muy economicista intento latinoamericano conocido como «teoría de la dependencia». Desde la crisis de aquellos «consensos ortodoxos», reaparecen esos saludables y necesarios vientos de la crítica y de la duda que, reiterada y periódicamente, han ido enfrentando y cuestionando los cómodos intentos de instalación de seguridades ensimismadas y cuasioficiales en la interpretación sociológica.

Todo ello ha implicado un serio cuestionamiento a la propia razón instrumental, heredada de las ciencias naturales, desde una racionalidad comunicativa que, epistemológicamente, se ha venido abriendo paso mediante intensas y necesarias controversias teórico-sociológicas. Es decir, lo que hoy se presenta como una novedosa «crisis de paradigmas» en la sociología, tiene importantísimos antecedentes a lo largo de la historia de nuestra disciplina en íntima relación con la propia dinámica sociocultural.

La primera gran crisis la encontramos en el contexto de las contundentes alternativas epistemológicas que estableció la sociología alemana clásica al naturalismo y objetivismo positivista.⁵ Esta crisis fundamental e imprescindible se generó, principalmente, desde las propuestas de Max Weber y Georg Simmel, quienes asumieron críticamente los esfuerzos epistemológicos de los filósofos neokantianos Wilhelm Dilthey, Heinrich Rickert y Wilhelm Windelband frente a la especificidad de lo social, y que los llevaron a concebir la sociología, en tanto ciencia cultural y comprensiva, como una disciplina cognitiva a la vez ideográfica y nomotética.⁶

⁴ Cfr. GIDDENS, Anthony. *Central Problems in Social Theory*. Londres: MacMillan, 1979; GARCÍA SELGAS, Fernando. *Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens*. Madrid: CIS, 1996.

⁵ Cfr. WEBER, Max. *Ensayos de metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.

⁶ Cfr. WEBER, Max. *Escritos políticos*. Edición de Joaquín Abellán. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

De esa manera, ya en las primeras décadas del siglo xx, las rígidas leyes sociales en tanto regularidades inexorables, el determinismo externo sobre el sujeto, el realismo objetivista y la explicación neonaturalista, pierden legitimidad, en cuanto formas sociológicas de razonar en el quehacer sociológico. Asimismo, desde la sociología alemana clásica, se cuestiona la impropiedad de los reduccionismos y determinismos económicos y políticos que promovían las derivaciones alemanas y rusas del marxismo. Estas derivaciones habían conducido hacia toda una concepción esencialmente positivista de aquel «marxismo oficial», que compartía, con el positivismo clásico, su concepción de las leyes sociales, del realismo racionalista y objetivista, y del determinismo externo sobre los sujetos, así como toda una perspectiva explicativa que diluía toda posibilidad comprensiva o interesada en la intersubjetividad mediadora de las relaciones sociales, en las identidades simbólicas de los sujetos, en la construcción social desde la cotidianidad. Este supuesto «marxismo oficial» estaba alejado radicalmente del «Marx joven» y de sus aportes fundamentales para la sociología del conocimiento, así como del propio *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en el cual se puede apreciar la intensidad de actores activos, el entramado de las fracciones de clases y la especificidad del poder político, así como una serie de rasgos de la cultura popular con relación a las más burdas condiciones de la manipulación clientelística.

Casi paralelamente, otro pensador clásico establecía también distancias con el positivismo, aunque con menos contundencia: el propio Émile Durkheim, quien con su énfasis en los «hechos sociales inmateriales» (conciencia colectiva, representaciones sociales y actitudes colectivas) y con su singular preocupación por los ámbitos simbólico-colectivos, establece un puente con los aportes sociológico-comprensivos que se dinamizaban en Alemania, no obstante sus límites unilateralmente macroestructurales.⁷

Así, pues, como se observa, fueron dos grandes crisis: en las primeras décadas del siglo xx, la crisis del neonaturalismo positivista y, a su vez, la primera confrontación con aquella derivación objetivista y reduccionista del marxismo; y entre los años 1960 y 1980, la crisis de los «consensos ortodoxos», tanto estructural-funcionalista como marxista. La segunda gran crisis, la de los «consensos ortodoxos», recoge también nuevos y mayores argumentos de aquella inicial pero radical alternativa frente al positivismo.

Sin embargo, en medio de ellas, se suceden una serie de crisis internas en las diferentes orientaciones teóricas, que desembocarán en el reto por construir paradigmas integradores tanto de la lógica de actores como de la lógica estructural. No obstante, es necesario resaltar que la crisis del positivismo, derivada de la sólida afirmación de la propuesta epistemológica comprensiva que tuvo como eje de tal afirmación a Weber, es no solo fundamental sino también clave en la construcción de las bases de una sociología capaz de acceder a la especificidad de lo social; es decir, concatenadamente a sus ámbitos externos e internos en cuanto a las relaciones sociales y a sus mediaciones intersubjetivas. De allí la importancia esencial de la comprensión del sentido y de los motivos de acción en las relaciones sociales, así como la de la crítica y reflexión weberiana sobre aquel eje cultural de la modernización: la racionalidad formal-instrumental y

⁷ Cfr. TIRYAKIAN, Edward. «Émile Durkheim». En Thomas Bottomore y Robert Nisbet (eds.). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.

su cada vez más sofisticada «jaula de hierro», puesto que no es solamente una característica cultural fundamental en la sociedad moderna, sino que es también una característica fundamental del propio pensamiento moderno, de matriz ilustrada, cuyo corolario sociológico deriva en aquel racionalismo positivista cuyo eje fue la complaciente y neomesiánica certidumbre de la razón científica.⁸

El período intermedio entre las dos grandes crisis incubaba las más audaces búsquedas teóricas, tanto en creatividad como en profundidad. Supone, asimismo, deslindes cada vez más insospechados que, posteriormente, harán insostenible la seguridad y la ortodoxia teórica establecida, cuya fragmentación está ligada a los complejos procesos de construcción social que tan agitada-mente, aunque con desigual intensidad, se experimentan en esos primeros sesenta años del siglo xx.

Sin embargo y casi paradójicamente, es el propio Talcott Parsons quien, en su monumental libro *La estructura de la acción social*, hace más que explícito el inconformismo y el rechazo radical al positivismo comteano y spenceriano y, a su vez, propone formalmente, por primera vez, un modelo interpretativo-sistémico desde el cual pretende integrar la visión comprensiva de Weber y la perspectiva de actores de Pareto con el enfoque estructural de Durkheim.⁹ Así, pues, la influencia weberiana en este «primer Parsons» será decisiva para aquel radical deslinde con el positivismo y, a partir de ahí, para la propia propuesta de un modelo teórico integrador acción-estructura desde el cual, epistemológicamente, quedaba clara la especificidad comprensiva de la teoría sociológica.

No obstante, lo paradójico está en que Parsons terminará construyendo un *establishment* teórico, a partir de 1951, con su libro *El sistema social*; su propio inconformismo lo lleva, aunque desde su infatigable afán de rigor, a un cerrado y holístico conformismo funcionalista que liderará verticalmente uno de esos «consensos ortodoxos». Su estallido sobrevino no solamente por lo implacable de muchas de las críticas —aunque algunas fuesen más ideologizadas que rigurosas—, sino también por la explosión de movimientos sociales, la crisis de la familia nuclear-convencional, la revolución sexual y la proliferación de actores cada vez más inconformistas y ambiguos en la propia Norteamérica.

Entre las décadas de 1930 y 1970, se fueron incubando, tanto en Europa como en Norteamérica, diversas perspectivas teóricas que no solo constituyeron nuevos aportes, sino también, y sobre todo, importantes deslindes. Así, aparecen la fenomenología sociológica de Alfred Schütz; los interaccionismos simbólicos de George H. Mead, Herbert Blumer e Irving Goffman; la etnometodología de Harold Garfinkel; la teoría de las redes sociales de Mark Granovetter; y la propia versión estructural-funcionalista de Robert Merton, quien con su crítica a las perspectivas holistas y su propuesta de las teorías de alcance intermedio, será un serio factor para la crítica a Parsons al interior del propio estructural-funcionalismo y sus afanes neopositivistas.

⁸ Cfr. COMTE, Augusto. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

⁹ Cfr. PARSONS, Talcott. *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama, 1968.

Ya en la década de 1920, y fuera del campo institucional de la sociología, pensadores marxistas como Antonio Gramsci y Georg Lukács intentaron romper con aquellas interpretaciones economicistas y cuasipositivistas del «marxismo oficial» derivado de aquel «Marx maduro», tan enfático en la lógica del capital y que opacaba aquella enorme vitalidad antropológica-filosófica del «Marx joven» y sus fundamentales aportes sobre las temáticas de la alienación, la reificación y la ideología. Aquel «marxismo oficial» inevitablemente, dio pie a una teoría que, bajo la impronta de la economía política clásica británica, redujo lo social a lo económico y a lo político.

Desde el propio marxismo, Gramsci, rechazando «inexorabilidades históricas» y haciendo énfasis en la acción y en las voluntades colectivas, se rebeló emblemáticamente contra *El capital* con relación a sus derivaciones «deterministas, fatalistas y mecanicistas», que, según el pensador italiano, se habían contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas. Mediante estas críticas Gramsci buscó acceder, por ejemplo, y con mucha intensidad, a las más vitales dimensiones de la cultura en general y de la cultura popular en particular.¹⁰

Entre este deslinde con el positivismo y las décadas de 1960 y 1970, en que estallan aquellos «consensos ortodoxos», los debates teórico-sociológicos son cada vez más intensos. Se trata de una «crisis de crecimiento» al interior de las distintas orientaciones teóricas que han caracterizado a la historia de las teorías sociológicas. Todo eso supuso tanto el inconformismo como el más serio afán de rigor.

Así, en la década de 1930, se experimenta la primera crisis al interior de la sociología comprensiva cuando Schütz publica su monumental *Fenomenología del mundo social*. Con ella, se abre un agudo debate que lo enfrenta, aunque parcialmente, con la obra de Weber. Sin embargo, al tratarse de una crítica al interior de la perspectiva epistemológica comprensiva, esta se hace con el objetivo de lograr un mayor rigor en la interpretación de la acción social y de la vida cotidiana. Se resalta así, la especial importancia del mundo de la vida en la diversidad de construcciones sociales y en la especificidad de las mediaciones tanto intersubjetivas como intercomunicativas de las relaciones sociales.¹¹

Ese primer deslinde no culmina en las propuestas críticas de Schütz, pues se revitaliza con la propuesta etnometodológica de Garfinkel a finales de la década de 1960. Desde su propia ruta teórica, influida por Schütz, pero también por los interaccionistas simbólicos, Garfinkel insiste en dar prioridad a lo microsociológico (y resaltar, por tanto, la vitalidad de lo cotidiano) con relación a sus contextos sociales de significación y de ejercicio del sentido común. Desde allí resalta lo intersubjetivo y lo intercomunicativo en tanto soportes de la vida social. Con ello hace énfasis, entonces, en el panorama de los sujetos, tanto en sus ambigüedades como, sobre todo, en la lógica de las voluntades, así como en sus esfuerzos de acción y negociación. Garfinkel, pues, cuestiona de una manera aún más radical los límites y rigideces de las perspectivas teóricas macroestructurales e impugna críticamente, ante la vitalidad de lo cotidiano y

¹⁰ Cfr. GRAMSCI, Antonio. «La revolución contra *El capital*». En Antonio Gramsci. *Antología*. México, D. F.: Siglo XXI, 1978.

¹¹ Cfr. SCHÜTZ, Alfred. *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

el carácter activo de los sujetos, los enfoques deterministas de la racionalidad instrumental-burocrática.¹²

Ese es el caso también del interaccionismo simbólico, desde el cual se establecen diferentes vías que parten de Mead, influido parcialmente por la sociología clásica alemana. Distanciándose de Robert Park y de la Escuela de Chicago, Mead incorpora a su interaccionismo comprensivo aquel primer «giro lingüístico» desde la influencia que recibe del pragmatismo filosófico de William James y John Dewey. Posteriormente, tanto el interaccionismo de Blumer como el interaccionismo estratégico-dramatúrgico de Goffman, influido decisivamente por la fenomenología sociológica, tendrán sus propios rumbos.¹³

Desde la matriz marxista, pero fuera del «marxismo oficial» y en confrontación con ella, aparece, en la década de 1930, la denominada Escuela de Frankfurt o «teoría crítica de la sociedad», con pensadores como Herbert Marcuse, Theodor Adorno, Max Horkheimer y Walter Benjamin. No obstante sus propias diferencias internas, coinciden en su búsqueda de integración teórico-crítica de los aportes de Marx con los weberianos y psicoanalíticos. Desembarcaron, tras la década de 1970, en la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, quien con sus propias resignificaciones e incorporaciones fenomenológicas e interaccionistas, contribuirá a la necesaria crisis de los «consensos ortodoxos».¹⁴

Entre las décadas de 1960 y 1980, el marxismo, con todas sus controversias y disidencias teóricas, y el estructural-funcionalismo de aquel «segundo Parsons» (deslizado ya desde *El sistema social* hacia un segundo modelo integrador desde el cual, bajo la hegemonía funcionalista y ya muy rígidamente, Durkheim, Bronislaw Malinowski y Sigmund Freud habían desplazado a un segundo plano a Weber) se topan con aquel «politeísmo de los dioses» que anunciara ya pioneramente Weber en «La ciencia como vocación».¹⁵ Así, rechazan por ingenuas —al igual que Friedrich Nietzsche— las exclusiones ensimismadas, las certidumbres neonaturalistas y las cerrazones racionalistas y etnocéntricas. Este inevitable «politeísmo de los dioses» es entendido y retomado por Jean François Lyotard desde su polémico libro *La condición postmoderna* con aquel anunciado «fin de los metarrelatos».¹⁶ Es más, ya para Nietzsche,

¹² Cfr. GARFINKEL, Harold. *Studies in Ethnomethodology*. Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1968; COULON, Alain. *La etnometodología*. Madrid: Cátedra, 1988; HERITAGE, John. «Etnometodología». En Anthony Giddens y Johnatan Turner (eds.). *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.

¹³ Cfr. MEAD, George. *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1972; BLUMER, Herbert. *Interaccionismo simbólico*. Barcelona: Hora, 1982; GOFFMAN, Irving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu, 1971; GOFFMAN, Irving. *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial, 1980; GOFFMAN, Irving. *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1971; CABALLERO, Juan José. «La interacción social en Goffman». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 83, 1998.

¹⁴ Cfr. HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus, 1987; BAERT, Patrick. *La teoría social en el siglo xx*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, cap. 6.

¹⁵ Cfr. WEBER, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

¹⁶ Cfr. ROCHARRÚN, Guillermo. «La ciencia según Weber y Lyotard. Una comparación». *Debates en Sociología*, n.º 22, 1998; LYOTARD, Jean François. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1994.

solo lo que no es histórico puede ser constreñido en una cerrada definición.¹⁷ Es decir, dada toda esa irrupción de las más diversas, audaces y agudas formulaciones teórico-críticas y hermenéuticas, aquellos «consensos ortodoxos» se encuentran con una nueva pero más explosiva ruptura de las complacencias y seguridades teóricas, incapaces ya de mantener un *establishment* teórico excluyente y ensimismado.

Por ese camino crítico, a finales de la década de 1960 Peter Berger y Thomas Luckmann, en la introducción de su importantísimo libro *La construcción social de la realidad*, insinuaban ya esa imprescindible necesidad deconstructiva, crítica y revalorizadora de los clásicos para esa tarea integradora que más tarde se inicia sobre los fragmentos de aquellos «consensos ortodoxos». Ambos autores, sobre la base de una ruta propia y cuestionando la perspectiva teórica de Parsons, pero asumiendo su importantísima vocación integradora, proponían construir una nueva sociología del conocimiento. Esta era claramente incluyente y abierta y se construía sobre la base fundacional del «Marx joven», con su dialéctica entre el ser y la conciencia; desde el mundo de la vida cotidiana y los constructos de primer orden aportados por Schütz; desde los aportes de Mead sobre la socialización, relacionada a esa intercomplementariedad entre el yo social y el yo activo; y también desde los esenciales aportes referentes a lo intersubjetivo de Weber y lo objetivo-estructural de Durkheim. Así, sostienen que «[...] la sociedad posee facticidad objetiva y la sociedad efectivamente está construida por una actividad que expresa un significado subjetivo. Y, de paso sea dicho, Durkheim sabía esto último así como Weber sabía lo primero».¹⁸

A fines de la década de 1970 y durante los primeros años de la década de 1980, se abre una nueva etapa. Desde este contexto crítico, y desde sus labores de construcción y deconstrucción teórica integradora, cobran especial importancia autores como Pierre Bourdieu, Giddens, Habermas, Alain Touraine, James Coleman y Thomas Lukmann. En estas dos últimas décadas ha trascendido sobre todo Bourdieu con el constructivismo estructuralista, Giddens con la teoría de la estructuración, Habermas con la teoría de la acción comunicativa, Luhmann con la perspectiva sistémica y Michel Foucault con la microfísica del poder. Este grupo de autores, desde su propia creatividad y sus propios caminos, toman esa posta que, desde la crítica de los «consensos ortodoxos» y excluyentes, propone nuevos retos y nuevas alternativas teórico-integradoras que, inevitablemente, serán siempre polémicas.¹⁹

Estos retos integradores, situados entre la lógica estructural y la lógica de la acción, entre la lógica de la integración, del conflicto y de la ambigüedad,

¹⁷ Cfr. PICÓ, Joseph. «Introducción». En Joseph Picó (ed.). *Modernidad y postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

¹⁸ BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979, p. 35.

¹⁹ Cfr. CASTÓN BOYER, Pedro. «La sociología de Pierre Bourdieu». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 76, 1996; ÁLVAREZ SOUSA, Antonio. «El constructivismo estructuralista. La teoría de las clases sociales en Pierre Bourdieu». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 75, 1996; ANSART, Pierre. *Las sociologías contemporáneas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992; GARCÍA SELGAS, Fernando. Ob. cit.; BAERT, Patrick. Ob. cit.; CORCUFF, Philippe. *Las nuevas sociologías*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.

suponen puertas abiertas y entradas multidimensionales para aproximarnos a la complejidad de lo social. Esas puertas necesariamente deben permanecer siempre abiertas para nuevas y más rigurosas interpretaciones sociológicas, pues esa es la condición de la ciencia y, en particular, de la ciencia social: desde la complejidad de su propia especificidad epistemológico-cultural y epistemológico-comunicativa, despojada entonces de su neomesianismo ilustrado y positivista. Esa inevitable e imprescindible apertura sociológica está esencialmente relacionada con la dinámica de la vida social, así como con la propia dinámica de las perspectivas y sensibilidades en las construcciones teóricas.

Finalmente, y siguiendo a uno de los pioneros en la construcción epistemológica de la sociología como disciplina cultural, Dilthey (cuya influencia filosófica fue de singular importancia para Weber), podemos concluir que la comprensión requiere de sensibilidad, de *poiesis*, de un «alma ágil» y de vivencia, de aquella vivencia, sensibilidad y «alma poética» que, por ejemplo, en el Perú, poseía José María Arguedas. Ello le permitía comprender lo que los investigadores sociales, en lo esencial positivistas, ignoraban en medio de su sabiduría, lo cual se evidenció en esa dramática mesa redonda organizada por el Instituto de Estudios Peruanos en 1965 en torno a su novela *Todas las sangres*.²⁰

Bibliografía

- ÁLVAREZ SOUSA, Antonio
 1996 «El constructivismo estructuralista. La teoría de las clases sociales en Pierre Bourdieu». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 75.
- ANSART, Pierre
 1992 *Las sociologías contemporáneas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN
 1979 *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLUMER, Herbert
 1982 *Interaccionismo simbólico*. Barcelona: Hora.
- BAERT, Patrick
 2001 *La teoría social en el siglo xx*. Madrid: Alianza Editorial.
- CABALLERO, Juan José
 1998 «La interacción social en Goffman». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 83.
- CASTÓN BOYER, Pedro
 1996 «La sociología de Pierre Bourdieu». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 76.

²⁰ Cfr. PINILLA, Carmen María. Arguedas. Conocimiento y vida. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994; DILTHEY, Wilhelm. *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza Universitaria, 1980.

- COMTE, Augusto
1968 *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- COULON, Alain
1988 *La etnometodología*. Madrid: Cátedra.
- CORCUFF, Philippe
1998 *Las nuevas sociologías*. Madrid: Alianza Editorial.
- DILTHEY, Wilhelm
1980 *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza Universitaria.
- GARCÍA SELGAS, Fernando
1996 *Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens*. Madrid: CIS.
- GARFINKEL, Harold
1968 *Studies in Ethnomethodology*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- GIDDENS, Anthony
1979 *Central Problems in Social Theory*. Londres: MacMillan.
1994 *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- GOFFMAN, Irving
1971 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
1971 *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
1980 *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial.
- GRAMSCI, Antonio
1978 *Antología*. México, D. F.: Siglo XXI.
- HABERMAS, Jürgen
1987 *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- HERITAGE, John
1990 «Etnometodología». En Anthony Giddens y Jonathan Turner (eds.). *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial.
- LAMO DE ESPINOZA, Emilio
1990 *La sociedad reflexiva*. Madrid: CIS.
- LYOTARD, Jean François
1994 *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MEAD, George
1972 *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- PARSONS, Talcott
1966 *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente.
1968 *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama.
- Picó, Joseph (ed.)
1992 *Modernidad y postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

PINILLA, Carmen María
1994 *Arguedas. Conocimiento y vida*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

POPPER, Kart
1980 *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
1997 *El mito del marco común*. Barcelona: Paidós.

ROCHABRÓN, Guillermo
1998 «La ciencia según Weber y Lyotard. Una comparación». *Debates en Sociología*, n.º 22. Pontificia Universidad Católica del Perú.

SCHÜTZ, Alfred
1972 *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós.

TIRYAKIAN, Edgard
1988 «Emile Durkheim». En Thomas Bottomore y Robert Nisbet (eds.). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

WEBER, Max
1977 *Ensayos de metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
1991 *Escritos políticos*. Edición de Joaquín Abellán. Madrid: Alianza Editorial.
1998 *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.